

sucede fuera. A veces cuesta asimilar que los bombardeos continúen en Gaza y que los terroristas de Hamas crucen la frontera para matar inocentes. Pero la lectura puede consolarte. No se trata de anestesiarte como el alcohol, sino de sentirte menos solo. La última línea de mi novela *Canadá* decía así: «Lo intentamos. Todos nosotros lo intentamos». Y no es cinismo. Defender la esperanza nunca puede ser un acto de cinismo.

**P.** En la novela, un Bascombe maduro se enfrenta de nuevo a la muerte, pero lo hace a través de la enfermedad de su hijo Paul. ¿Reflexionar sobre el fin significa hacerlo sobre el fin de los demás?

**R.** No estoy de acuerdo. Recuerdo un verso de Robert Frost que dice: «Cualquiera puede llegar tan lejos como tú, salvo hasta tu muerte». La manera más interesante de pensar sobre la muerte es a partir de cómo nos concierne personalmente. Creamos instituciones como el matrimonio, la familia y el trabajo para distraernos de la certeza de que algún día moriremos. Y, cuando escribimos, hacemos más o menos lo mismo: proveernos de espacios de resistencia frente a la muerte.

**P.** En *Acción de gracias*, Bascombe concluía que lo inevitable no es la muerte, sino la vida. ¿Es esto una afirmación del deseo?

**R.** Sí. Aunque eso también cambia con el tiempo. Cuando eres joven, el deseo está en todas partes. Cuando te haces viejo, tienes que entrenarlo porque sin deseo, por ejemplo, no puedes escribir. Afortunadamente en mi caso, vivir enamorado de mi mujer es una ayuda clave. Podemos pensar juntos en el futuro. Y ese es el mayor deseo que puedo tener ahora.

**P.** ¿Y es el mundo ahora peor de lo que pensaban hace 20 o 30 años?

**R.** Supongo que por mi oficio de novelista me llevo mejor con las cuestiones particulares que con las generales. Las generalidades no me inspiran mucha confianza. Si pienso en la situación general del presente en EEUU, lo veo todo horrible. Pero si nos detenemos, por ejemplo, en la situación de la población afroamericana, o de las mujeres, aunque quede todavía mucho por hacer, es indudablemente mejor que hace 30 años.

**P.** El año pasado se mostraba usted convencido de que Donald Trump no volvería a optar a la presidencia.

**R.** ¿Ve? Eso me pasa por meterme en generalidades. Soy un analista político nefasto. Pero sí te diré que la situación me parece ahora más peligrosa que en 2016. Biden es seguramente el único candidato demócrata al que Trump puede vencer. La diferencia es que ahora sí sabemos lo que es Trump: un loco, un monstruo, un destructor de riqueza, un narcisista sin límites. Nadie en su sano juicio diría que se puede dirigir un país así.

**P.** ¿Por qué cree que la ficción sigue teniendo lectores?

**R.** Porque los motivos por los que suceden las cosas nunca son obvios, pero la ficción nos demuestra que no tienen por qué ser absurdos. La ficción nos explica de dónde vienen el amor, la angustia, la felicidad y la insatisfacción, de manera que nada de esto nos parezca absurdo, aunque nunca sea obvio.

**“Necesito construir un lenguaje distinto para cada historia. Y a mi edad sigo pensando que puedo escribir otra”**

**“Ninguna doctrina sobre la cancelación o la apropiación va a decirme lo que tengo que escribir”**

**P.** ¿Aunque pueda ser pasto de la cancelación?

**R.** Ninguna doctrina sobre la cancelación o la apropiación va a decirme lo que tengo que escribir. Si quiero apropiarme de la ropa interior de tu madre para mi libro, ten por seguro que lo haré. La idea de que si no eres gay no puedes escribir sobre gays, o que si no eres mujer no puedes escribir sobre mujeres, es contraria a la imaginación y a la creación. Incorporar en nuestra obra al otro, al que menos tiene que ver con nosotros, no es un robo, sino un acto de generosidad.

## MAXIM ÓSIPOV “LA GRAN ENFERMEDAD RUSA ES LA POLICÍA SECRETA”

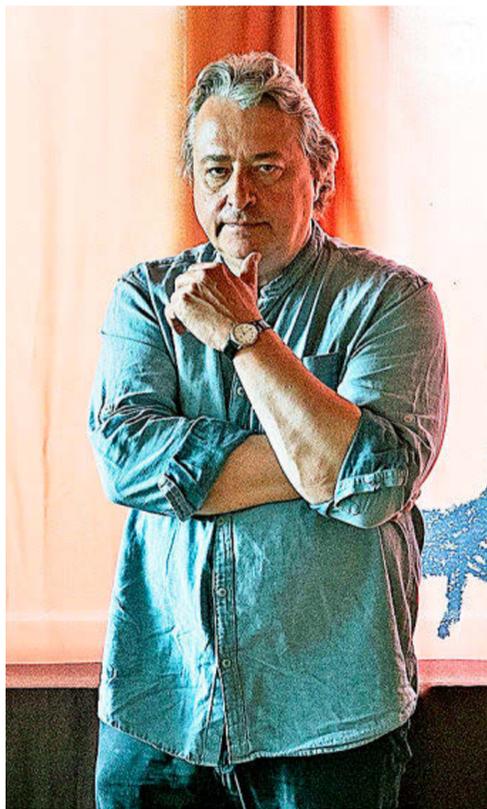
**Literatura.** El escritor moscovita, exiliado desde el inicio de la guerra de Ucrania, retrata en su nuevo libro la decadencia y melancolía que empapan su país: “Putin ha comprado con petrodólares la voluntad de muchos rusos”

Por **Andrés Seoane**

Lo más espantoso es que entre los pacientes, como también entre los médicos, los sentimientos más habituales son dos: el miedo a la muerte y el poco amor a la vida», reflexiona el narrador de *En mi tierra*, el primero de los diez relatos de *Kilómetro 101* (Libros del Asteroide). En él, un médico de una pequeña ciudad de provincias anota las impresiones del día a día y el trato con los pacientes. Unos asesinos estraperlistas, una anciana gitana sin fecha de nacimiento, un cínico y curtido comisario, un emigrante tayiko víctima de una paliza, un

ridícula y exasperante burocracia o a la incultura médica y general, la que protagoniza estas crudas e irónicas historias sobre una sociedad decadente, gris y melancólica de la que Ósipov logra extraer reflejos de ternura, humor y Humanidad. «Mi intención es escribir sobre personas, sobre sus vidas, basándome en mis experiencias. Cuando hablo de corrupción o desigualdad no es como denuncia, sino porque eso es una parte tan normal de Rusia que es inevitable que aparezca. Entiendo que al lector extranjero le choque, pero no a mis compatriotas. Es como si vives en una casa hecha de basura, llega un momento en que no eres consciente ni de qué está hecha ni de cómo huele», explica el autor a EL MUNDO a su paso por Madrid.

Hace apenas dos años, Ósipov era un escritor y cardiólogo ruso que vivía entre Moscú y Tarusa, una pequeña localidad cercana a la capital, y temía la creciente militarización de su país. Hoy vive en Holanda, donde da clases en la Universidad de Leiden, y su principal ocupación es una revista literaria llamada *Fifth Wave* (*La quinta ola*). «Aparece cada cuatro meses en papel y en formato electrónico, en ruso y en inglés», explica emocionado, antes de confe-



médico que traslada enfermos a Estados Unidos... Los personajes de Maxim Ósipov (Moscú, 1963), privilegios de un escritor médico, abarcan todas las capas sociales y sus andanzas constituyen lo que Svetlana Alexiévich llamó «un diagnóstico implacable de la vida rusa».

Y es la vida, la de la gente corriente que se enfrenta a la desigualdad, la corrupción, la

desigualdad y exasperante burocracia, aunque ha sido difícil, ha vuelto a escribir. «Todo mi mundo ha cambiado, me siento aún desubicado, fuera de contexto, pero estoy acabando un nuevo relato», confiesa.

Como narra en el último cuento del libro, *Frío, vergüenza y liberación*, huyó de Rusia el 4 de marzo de 2022, primero a Armenia y de allí a Alemania, donde vivía uno de sus hijos. «No puedo

decir qué nos hizo marcharnos aquel día, pero tenía la sensación de que no podía más, de que me asfixiaba. E hicimos bien, porque salir se ha vuelto cada vez más complicado».

En este cuento, gran alegato antibélico, apuntaba: «Nosotros, y me refiero a los que nos hemos marchado (largado, huido) del país al poco de que Rusia hubiera atacado Ucrania, odiamos las guerras, odiamos a quien la ha desencadenado y no tenemos previsto abandonar el país».

Y ya advertía de la importante brecha que se abría entre su pueblo: «Millones de personas que piensan como nosotros se han quedado en el país y se dedican a sus quehaceres. La línea divisoria entre los compatriotas está entre los que están contra la guerra y los que están a favor».

Sin embargo, el escritor, que sigue en contacto con amigos del país, afirma que todo es aún más difícil debido a la propaganda. «Es muy fuerte. Ver la televisión, oír la radio, se hace imposible. Y eso lo sufren los que se quedaron, no por voluntad, sino porque tenían padres o familiares ancianos y emigrar se hizo difícil, y en varios países los rusos no eran bienvenidos», explica. «Mucha gente que vive hoy en Rusia no lucharía por Putin, pero les ha convencido comprando con sus petrodólares la voluntad de muchos cuyo nivel de vida y el de sus familias ha aumentado».

La dramática realidad de la guerra no es capaz de empañar que muchas de sus causas ya yacían larvadas en el interior del país. Por ejemplo, entre los diagnósticos que desprenden los relatos de Ósipov están los dos grandes males de la sociedad rusa: el alcoholismo («el deporte nacional») y el amor al dinero («el mayor de los mitos»).

«Uno es un mal endémico y secular, el otro llegó con la caída de la URSS y ha hecho mucho daño», afirma el escritor. Sin embargo, no sabe si hoy detectaría esas mismas enfermedades. «Siguen ahí, pero hay una expresión popular que dice que en diez años cambian muchas cosas en Rusia, pero en doscientos, no cambia nada», una frase que repite con irónico fatalismo. «Si escribiera estos relatos hoy, los grandes temas serían la policía secreta y el mundo del crimen, así que quizá el país haya ido incluso a peor», explica.

Una reflexión que recuerda al escritor la oleada de nostalgia por el pasado comunista, más acusada entre los jóvenes que no vivieron aquellos años. «Las mentiras son siempre peligrosas, y todo lo que se enseñó a estos jóvenes estaba basado en mentiras. Pero los culpables somos nosotros, que no supimos crear una mitología atractiva».

El escritor ruso Maxim Ósipov. LIBROS DEL ASTEROIDE